

Libro de Alexandre: Estrofas2147-2175

[...]

Larga era la ruta, y de muchas jornadas,
seca y peligrosa, y de malas pasadas,
de serpientes rabiosas, de bestias enconadas
de las que soportaron agresiones malvadas.

Marchaba con el ansia de todo allí acabar,
por tal tierra que nadie pudo nunca pasar,
tierra que no podría ningún hombre andar
donde pudiese un vaso de agua limpia hallar.

Cuando iban marchando les produjo temor
de la tierra, el polvo; del cielo, la calor;
ni aun los vasallos, ni siquiera el señor,
--del agua de un río probaron el sabor.

Grande ansia sentían, sus caballos mayor;
sufrían mal la suya, las de esos peor.
En el juego tendría que ser buen sufridor
El que no se quejase de tanto sinsabor.

Los hombres con la sed lamían las espadas,
otros bebían, forzados, sus propias meadas;
andaban los mezquinos con las lenguas sacadas.
¡Nunca hubo en el mundo gentes tan desgraciadas!

Un tal, llamado Zoilo, halló un pielaguillo,
llenó con agua limpia su propio sombrero;
dióle del agua al Rey, sin probar un sorbillo,
¡no le hizo mal servicio al Rey el mancebillo!

El Rey, cuando esto vio, se empezó a reír,
vertió el agua en la tierra, no la quiso admitir,
dijole: «Con los míos deseo yo morir,
si aquí ellos muriesen, no quiero yo vivir.»

Por esta acción sus gentes tuvieron gran placer,
fueron tan confortadas como con buen beber,
decían: «Que a este Rey quiera Dios proteger,
pues sabe a sus vasallos tal lealtad tener.»

En el camino hallaron muchas malas serpientes,
unas con agujones, otras con malos dientes;
unas iban volando, otras sobre sus vientres;
dañábanle al Rey muchas de las sus gentes.

Tuvieron la fortuna de a un buen hombre encontrar,
que les mostró una fuente en un fiero lugar,
aunque a ella no podría ningún hombre llegar,
pues tenía custodias que la sabían guardar.

Muchas fieras serpientes guardaban la fontana,
donde dicen que no era la entrada muy sana;
mediodía ya era e imposible su entrada,
-¡Que la beba quien quiera, yo de ella no he gana!

Cuando oyeron las gentes de la fuente el poder,
tuvieron mayor queja, queríanse perder;
lanzáronse a la fuente con ganas de beber;
no los podía el Rey por nada detener.

La prisa les hacía el miedo olvidar,
iban todos corriendo hacia aquel fontanar.
Y cuando el buen rey vio que iban a peligrar,
Dios le dio un consejo para aquello atajar.

Como Alejandro era sabedor y letrado,
y tenía ingenio de hombre cultivado,
gran filósofo era y maestro acabado,
y de todos saberes estaba bien dotado,

sabía de las sierpes que son de tal manera
que ante el hombre desnudo huyen a la carrera,
y ante él tienen más miedo que de una gran hoguera,
-en escrito se dice, es cosa verdadera-.

Ordenó el Rey a todos quitarse los vestidos;
quedáronse en cueros, como recién nacidos.
Las sierpes daban silbos, malos y enfurecidos,
pues viéndose burladas hacían grandes ruidos.

El consejo del Réy por Dios le fue enviado;
fue el pueblo protegido, de la sed mitigado.
Siguieron su camino como había empezado,
y el Rey fue tenido por hombre ponderado.

A un río muy amargo consiguieron venir
-no leemos su nombre, no os lo puedo decir-,
ancho era y hondo, no lo podían transir,
todos pedían la muerte que no quería venir.

Se alzaban por doquier, en todas las riberas,
montes grandes y fieros, y fieras cañaveras;
criaban muchas bestias, de diversas maneras,
contra las que lucharon en contiendas muy fieras.

Por enormes ratones fueron pronto asaltados,
eran, los muy malditos, sucios y enconados;
tan grandes como zorras, con los dientes sacados,
los que ellos mordían eran pronto acabados.

También a los caballos hizo el miedo sufrir;
con coces y pezuñas comenzaron a herir.
Por fuerza les hicieron a desbandada huir:
¡Más ratones no osaron contra ellos salir!

Salieron jabalíes de los cañaverales;
tenían los colmillos enormes, colosales;
a diestro y a siniestro daban golpes mortales,
hirieron más de treinta señores principales.

Aunque, a pesar de todo, pudieronlos vencer,
e hicieronlos huir, y fueronse a esconder,
si, por malos pecados, siguiese el contender,
en apuros los griegos hubiéranse de ver.

Después de aquellos puercos, salieron otros bravos:
vivían bajo tierra cual conejos de campos,
cada uno tenía tres parejas de manos,
-a éstos les llaman monstruos los buenos escribanos-.

Pasado el mediodía, la tarde fue viniendo.
Llegaron grandes moscas y avispas rugiendo.
Con fiereza las bestias se iban entrometiendo,
hasta que hacia los hombres iban acometiendo.

Iban de ruín manera, bestias embravecidas,
haciéndolas más fieras las amargas heridas.
Sus agujas estaban de veneno henchidas,
parecían elosnas en alquitrán metidas.

Al que una vez tan sólo herían los abejones,
era cual si tomase venenosas pociones.
Sentían gran dolor allí en sus corazones,
decían: «¡Malditos sean aquestos agujijones!»

Como no eran cosas que pudiesen parar,
ni de ellas huir, ni de ellas escapar.
al Réy una treta se le ocurrió probar,
con la que Dios le vino al cabo a ayudar:

Mandó a todos sus hombres muchas cañas coger,
reunir cuantos manojos se pudiesen hacer;
cuando muchos reunieron, mandólos encender,
y así consiguieron a las moscas vencer.

[...]